

# Joseph Roth: el exilio destructivo

Galo Bilbao Alberdi<sup>1</sup>

## Índice

1. Vida de un fugitivo voluntario .....	2
2. Autodestrucción de un apátrida lúcido .....	5
3. Una obra sobre el exilio .....	8
3.1. Artículos, ensayos y cartas .....	9
3.2. Obra literaria de ficción .....	19
4. La realidad del exilio entre las víctimas del terrorismo .....	21
5. Conclusión .....	25
6. Bibliografía .....	26

**Galo Bilbao Alberdi** es licenciado en Filosofía y doctor en Teología, profesor de Ética en la Universidad de Deusto, miembro colaborador del Instituto Diocesano de Teología y Pastoral de Bilbao y colaborador de la Escuela de paz de Bakeaz. Sus reflexiones y publicaciones se centran en cuestiones de ética fundamental, profesional y política, prestando especial atención en todas ellas a la relación entre la ética filosófica y la fe cristiana. En torno a estas cuestiones cabe citar las siguientes publicaciones: *Oinarrizko etika. Lanbideen etika* [con Xabier Etxeberria] (Bilbao, Universidad de Deusto, 2001), *La presencia de las víctimas del terrorismo en la educación para la paz en el País Vasco* [con Xabier Etxeberria] (Bilbao, Bakeaz, 2005), *Ética para ingenieros* [con Javier Fuertes y José María Guibert] (Bilbao, Desclée de Brouwer, 2006), *Víctimas del terrorismo y reconciliación en el País Vasco* (Bilbao, Bakeaz, 2007), *Por una reconciliación asimétrica De la «geometría» del terror a la de su superación* (Bilbao, Bakeaz, 2008), *Jano en medio del terror. La inquietante figura del victimario-víctima* (Bilbao, Bakeaz, 2009) y *Sacrificadas a los ídolos. Las víctimas del terrorismo en el discurso de los Obispos vasconavarros [1968-2006]* (Bilbao, IDTP-DDB, 2009).

---

<sup>1</sup> Ponencia presentada en el I Encuentro sobre Memoria y Víctimas del Terrorismo, organizado por Bakeaz, la Fundación Fernando Buesa y el Aula de Ética de la Universidad de Deusto, y celebrado en Bilbao los días 2 y 3 de abril del 2009. Más información en <<http://www.escueladepaz.org>>.

de los deberes del exilio:  
no olvidar el exilio /  
combatir a la lengua que combate al exilio!  
no olvidar el exilio / o sea la tierra /  
o sea la patria o lechita o pañuelo  
donde vibrábamos / donde niñábamos /  
no olvidar las razones del exilio /  
la dictadura militar / los errores  
que cometimos por vos / contra vos /  
tierra de la que somos y nos eras  
a nuestros pies / como alba tendida /  
y vos / corazoncito que mirás  
cualquier mañana como olvido /  
no te olvides del olvidar olvidarte

Juan Gelman

Joseph Roth, uno de los literatos en lengua alemana más destacados del primer tercio del pasado siglo XX, felizmente recuperado para el público lector en castellano a comienzos del presente, une a sus innegables dotes artísticas y a su sorprendente lucidez intelectual una biografía particularmente atractiva por lo intensa, contradictoria y desgraciada, haciendo de él todo un personaje. Entre las características que destacan de su existencia no son las menores su peculiar exilio, casi permanente, por un lado, y sus tendencias autodestructivas por otro, retroalimentadas, por cierto, mutuamente. Su temprano sentimiento de ausencia de la patria y su natural solidaridad hacia quienes, como él, sobreviven en tierra extraña, además de su preocupación por describir y denunciar la penosa existencia de los emigrantes forzosos, hacen de él un candidato idóneo para servir de referencia en el acercamiento a la peculiar realidad de quienes en el País Vasco se han visto obligados a abandonar su hogar debido a la presión ejercida por la violencia terrorista.

El objetivo de estas páginas es modesto y sencillo: se trata, en primer lugar, de presentar al gran público la figura humana, literaria e intelectual de Joseph Roth, destacando todos aquellos aspectos que, en su propia vida o en su obra escrita, hacen referencia a la realidad del exilio y, específicamente, a su dimensión más negativa y deshumanizadora, destructora tanto de las personas —en su condición física o psíquica— como de los grupos humanos; a continuación, teniendo algunos de estos elementos como guía, me acercaré a la escasamente conocida y reconocida realidad del exilio, entendido como una consecuencia injusta más del terror que ha padecido, y desgraciadamente sigue aún hoy sufriendo, nuestro país.

## 1. Vida de un fugitivo voluntario

Joseph Roth no solamente mostró un interés vital e intelectual por la realidad de los exiliados, como luego expondré con cierta profundidad cuando analice su producción periodística y literaria y el pensamiento expresado a través de ella. Él mismo, en su propia existencia, encarna muchos de sus rasgos y experiencias.

Nuestro autor nace el 2 de septiembre de 1894 en Brody, uno de los centros culturales de la *Haskala* —Ilustración judía de los siglos XVIII-XIX— en la Galitzia oriental, una región del confín este del Imperio austrohúngaro, y en el seno de una familia judía, de la que muy pronto desaparece la figura paterna. Esta ausencia nunca fue superada por nuestro autor: puede decirse que, sin padre desde prácticamente su nacimiento, Roth siempre echó de menos una «patria».<sup>2</sup>

Se crió con el *yiddish* como lengua materna, realizando su educación en un centro escolar en lengua alemana, en el contexto de una sociedad donde el habla mayoritaria, correspondiente a los dos grupos nacionales más numerosos, era el polaco y el ucraniano, idiomas que nunca dominó ni puede decirse que ni siquiera hablara adecuadamente, aunque los entendía (Morgenstern, 2008: 17). Este desconocimiento de las lenguas del país le llevó a encerrarse en un auténtico «gueto lingüístico y así se hizo extraño a su patria» (ibídem: 358). Escribe toda su obra en alemán,<sup>3</sup> el idioma de la ideología que destruyó cruelmente su mundo, y le gusta introducir vocablos en *yiddish* en sus conversaciones, pues son para él «como ecos de la patria» (ibídem: 219) que perdió. Inició los estudios en Germanística, de los que la Gran Guerra le apartó y a los que no volvió ni culminó posteriormente.

Tras la Primera Guerra Mundial,<sup>4</sup> con la desaparición del Imperio, el territorio de Galitzia pasa a formar parte de Polonia (más tarde sería sucesivamente ocupada por la Unión Soviética y el Tercer Reich alemán, recuperada por las tropas rusas durante la Segunda Guerra Mundial y actualmente pertenece a Ucrania) y Joseph Roth, polaco de hecho entre 1919 y 1928, solicita y adquiere la nacionalidad austriaca a finales de la década de los veinte. El desmembramiento de la auténtica patria de nuestro autor fue un acontecimiento que marcó negativamente su existencia y que se vio agravado por la pérdida de la segunda —la nueva Austria— durante su exilio parisino: tras la anexión de marzo de 1938, rechaza sustituir su invalidado pasaporte austriaco por el alemán, pasando a ser junto con su amigo Morgenstern unos «impertérritos ex austriacos», como el Gobierno francés de la época los denominaba (Morgenstern, 2008: 242).

Tampoco su vida afectiva, personal, tuvo más sosiego y estabilidad. Mantuvo una intensa relación con Sylvia Zappler, una doctora judía rusa, mayor que él y cuyo marido no otorgó el divorcio que habría posibilitado su matrimonio. Se

---

<sup>2</sup> Como le confesó a su amigo Morgenstern, «Yo nunca he tenido un padre, quiero decir que nunca lo he visto. No puedo acordarme de él. Dejó a mi madre cuando yo apenas contaba un año. Según dicen, murió en estado de demencia religiosa, en un villorrio que era la sede de un rabino milagroso. Tú estabas ya en quinto grado del colegio cuando perdiste a tu padre. No sabes qué es crecer sin padre» (Morgenstern, 2008: 17).

<sup>3</sup> Según Hermann Kesten, la lengua alemana era, para Roth, «más que un instrumento: era el elemento en el que vivía, en el que podía sentirse en casa, lo mismo en Alemania que en el exilio» (Kesten, en Roth, 2009: 18).

<sup>4</sup> La experiencia de la Gran Guerra fue crucial en la vida de Joseph Roth y de sus contemporáneos, como él mismo lo afirma: «En un único minuto supimos más de la verdad que todos los buscadores de la verdad habidos en el mundo. Somos los muertos resucitados. Cargamos con la sabiduría del más allá, regresamos aquí abajo a ver a los cándidos seres terrenales. Tenemos el escepticismo propio de la sabiduría metafísica» (Roth, 2000: 13).

casó en 1922 con Friederike Reichler, con quien la convivencia se truncó por la enfermedad mental de la esposa que, internada en un manicomio, acabó muriendo años después tras aplicársele la legislación eugenésico-eutanásica «Dictamen T4» por parte de las autoridades nazis. Conoció a otras mujeres, sin constituir nunca un hogar: la de Manga Bell y los dos hijos de ésta, fruto de un matrimonio anterior, fue su «familia negra» (Morgenstern, 2008: 132) y posiblemente su experiencia más enriquecedora y estable; con la escritora Irmgard Keun vivió desde mediados de 1936 hasta principios de 1938.

Ni siquiera tuvo un lugar de trabajo convencional: Joseph Roth escribía en la calle, en público, bien en la sala de lectura del hotel que le acoge, bien, y sobre todo, en la mesa de un café; ésa era propiamente su oficina y su casa.

Las creencias e ideología de Roth tuvieron una inestabilidad afín al carácter de su poseedor:

- Aunque de tradición religiosa judía, nuestro autor se aproximó a la confesión católica del cristianismo, hecho éste no falto de polémica.
- Si bien en su juventud estuvo próximo a los círculos sionistas, tras la Primera Guerra Mundial asumió posturas asimilacionistas —él mismo decía padecer de «asimilacionitis» (Morgenstern, 2008: 39)— en lo que a la cuestión judía se refiere.
- También modificó significativamente sus planteamientos políticos; así, desde una postura socialdemócrata que mira con simpatía al socialismo soviético, termina abrazando la causa monárquica y legitimista de los Habsburgo.<sup>5</sup>

Viajero infatigable,<sup>6</sup> impenitente —para él «estar en cualquier parte, incluso en ninguna parte, era preferible a estar en casa» (Morgenstern, 2008: 95)—, nuestro autor nunca tuvo un domicilio fijo. Como muestra, véase la dirección de contacto que propone a su amigo Von Cziffra:

París: hotel Foyot; Marsella: hotel Beaurau; Viena: hotel Bristol; Ámsterdam: hotel Eden; Salzburgo: hotel Stein; Ostende: hotel Couronne; Zurich: hotel Schwanen...  
(citado por Ignacio Vidal-Foch, en Roth, 2002: 7)

Instalado inicialmente en Viena, deja la ciudad porque no le ofrece oportunidades profesionales y dirige en 1920 sus pasos a Berlín, que abandona en 1925, empezando a continuación su deambular como corresponsal por

---

<sup>5</sup> La evolución ideológica, religiosa y política de nuestro autor da lugar, por parte de alguno de sus comentaristas, a apuntar que el caso de Roth es un ejemplo de que la paradoja que acompaña al siglo XX es que «ser conservador ha sido a veces lo progresista» (Vidal-Foch, en Roth, 2002: 18).

<sup>6</sup> El propio autor justifica la razón existencial que le lleva a esta actitud: «Me enrolé voluntario en el viaje al frente. [...] Luego, regresé a casa y me di cuenta de que yo, entretanto, había adquirido una nueva ciudadanía: en casa, estaba yo “fuera”, en el gran reino de la muerte. La patria era menguada y pobre, desconcertada y desconcertante... y la dicha de no haber caído, que sentía durante todo el largo viaje de vuelta, se transformó, de golpe, en la desdicha de haberse vuelto extraño en casa. Así comencé de nuevo a viajar [...] A veces tengo nostalgia del país natal. ¿Por qué no decirlo? Comienzo a quererlo cuando no lo veo. Temo que, si regreso, voy a sentirme extraño en él. Ya no se puede morir por él —y es difícil vivir en él—. Por eso viajo» (Roth, citado por I. Schulte, en Morgenstern, 2008: 398).

Europa, viviendo en diversas ciudades del viejo continente. De entre sus múltiples periplos (Francia, Alemania, Polonia, Italia, Yugoslavia, Albania...) hay que destacar su viaje a Rusia, del que llegó a afirmar, en una carta dirigida a Bernard von Brentano: «Es una suerte que haya venido a Rusia. De otro modo, nunca me hubiera conocido» (Roth, 2009: 115). De hecho, fue recibido allí como escritor revolucionario y despedido como enemigo burgués. Razones para ello no faltaban, a tenor de la confesión personal que nuestro autor hizo a Walter Benjamin, al anotar que «había llegado a Rusia casi como un bolchevique convencido, pero que dejaba el país como monárquico» (citado por K. Westerman, en Roth, 2008b: 229). Años después, a causa del ascenso del nazismo,<sup>7</sup> abandona, por segunda y definitiva vez, su estancia en Berlín en 1933 y posteriormente, tras esporádicas visitas a Viena, fija —de una manera provisional y variable— su residencia de exiliado en París, donde morirá en el 27 de mayo de 1939, antes de comenzar la Segunda Guerra Mundial.

En definitiva, como señala Klaus Westerman (en Roth, 2008b: 226), Joseph Roth hizo de su experiencia vital y de su sentimiento de apátrida un auténtico mito, que sus amigos, biógrafos, estudiosos y críticos de su obra literaria se encargaron de agrandar, consolidar y difundir tras su muerte. A ello contribuyó, sin duda, una biografía resumible en muy pocas frases, cada una de las cuales podría dar cuenta de una «desgracia impenable» (Vidal-Foch, en Roth, 2002: 8), de la que él mismo era muy consciente,<sup>8</sup> y cuya única buena fortuna podría concretarse en morir antes de tener que asistir al asesinato legal de su esposa o al exterminio de su propia familia y de una gran parte del pueblo judío al que pertenecía.

## 2. Autodestrucción de un apátrida lúcido

Desde su juventud Roth se tenía a sí mismo como una persona poco combativa y enclenque (Morgenstern, 2008: 9), como un «débil judío urbano» (ibídem: 21). Hay que hacer caso de esta autoevaluación, habida cuenta de lo certero que resulta en otras ocasiones en sus descripciones personales: «Este soy yo, de veras; malo y borracho, pero lúcido» dejó escrito de su puño y letra, en una caricatura que le hicieron poco antes de morir (ibídem: 20). La experiencia de la Primera Guerra Mundial lo hace «maduro, serio y triste» (ibídem: 41) y la enfermedad de su mujer ahonda este carácter tenebroso e irritable.

La inestabilidad existencial, afectiva, religiosa, incluso política, que se ha constatado previamente no puede llevar sino al deterioro de quien la padece y

---

<sup>7</sup> El 10 de mayo de 1933 tuvo lugar la *Brandnacht* (la noche en que comenzó la quema de libros que escenificaba la persecución pública de sus autores por el régimen nazi), que se dirigió contra el «espíritu antialemán», el «intelectualismo judío», los «fundamentos espirituales» de la República de Weimar, el «periodismo extranjero de carácter democrático y judío» y la «lacría de esos escritores judíos del asfalto», acusaciones que encajaban en gran medida en Roth, cuyo nombre ya figuraba en la primera lista negra de un centenar largo de escritores cuyas obras se retiraron de las bibliotecas públicas a comienzos de ese mismo año.

<sup>8</sup> En carta a su amigo, mecenas y benefactor S. Zweig manifiesta que «ni por un instante me abandona el sentimiento de estar rodeado de la desgracia como si fueran grandes muros negros» (Roth, 2009: 191).

nuestro autor no es inocente respecto a su propio destino, hasta el punto de que hay quien lo caracteriza como afectado por una «manía autodestructiva» (Vidal-Foch, en Roth, 2002: 10; de manera similar, H. Kesten, en Roth, 2009: 12), que Joseph Roth no duda en reconocer en alguna ocasión (Roth, 2009: 377), para negar en otras: «le cuento a usted mis catástrofes, que probablemente merezco pero no causo» (ibídem: 633).

Él mismo deshace poco a poco su vida, por ejemplo, introduciendo pequeñas mentiras que acaban asentándose y aceptándose públicamente, desfigurando la realidad y reconstruyendo su imagen:

- Mientras tramitaba su solicitud de renuncia de la nacionalidad polaca para adquirir la ciudadanía de la nueva Austria surgida tras la Primera Guerra Mundial, rellenó el formulario de un almanaque literario en el que puso el nombre de su aldea en traducción alemana en vez de en la toponimia original en polaco (Morgenstern, 2008: 78 y ss.), lo que con el paso del tiempo le llevó a figurar públicamente como originario de una localidad homónima alemana en Hessen, y que, añadido a la lengua germana en la que creó su obra, acabó provocando que figurara como escritor alemán durante tres décadas.
- Cuando Hitler tomó el mando en el ejército austriaco, Roth escribió una carta pública de renuncia a su supuesto (y falso) grado de teniente de la reserva, a pesar de no haber sido nada más que «sargento con insignia de reenganche de un año» (ibídem: 235-237).
- Por dar consistencia a un pasado sólo real en su imaginación y desdibujar su origen judío, llegó incluso a propagar la cruel falsedad de que él no era hijo de su padre sino fruto de una relación amorosa de su piadosa madre con un oficial austriaco.
- Tampoco evitó adscribirse méritos ajenos o copiar de sus amigos ideas o personajes que utiliza en sus propias obras. Como dice Morgenstern, que fue testigo en varias ocasiones de hechos de este tipo e incluso en alguna lo sufrió en primera persona, Roth tenía la tendencia «a adornarse con plumas ajenas, pese a que él mismo estaba soberbiamente emplumado» (ibídem: 148) y, por ello, fue no pocas veces acusado de plagio, ante lo que nuestro autor respondía, en argumentación exculpatoria de carácter naturalista, que él «era como un río que, como lo dispone la naturaleza, se enriquece de sus afluentes» (ibídem: 153).
- Llega incluso, durante casi un año, al final de su vida, a solicitar, recibir y gastar una cantidad mensual de parte de varios benefactores franceses para el supuesto sostenimiento de su amigo Morgenstern, aunque éste no tuvo conocimiento de este hecho hasta la muerte de nuestro escritor (ibídem: 257).

En definitiva, Roth hace de su propia vida una obra literaria, de ficción, hasta tal punto, que los datos —unos inventados, otros ciertos, todos ellos entremezclados— que utiliza lo mismo sirven para agilizar los trámites de su ciudadanía que para dificultarla en extremo.<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> Él mismo confiesa a uno de sus editores del *Frankfurter Zeitung*: «El asunto de mi documentación es confuso y difícil [...]. Los recursos aventureros con que me he procurado

Como ya he constatado previamente, nuestro autor tuvo una existencia muy viajera, resumida gráficamente por su amigo (y compañero permanente nuestro en el recorrido intelectual de estas páginas) Morgenstern:

Joseph Roth apenas cumplió cuarenta y cinco años. De ellos, pasó en Galitzia unos veinte, aunque también dos de preguerra, como yo, siendo estudiante en Viena. Del resto, vivió cuatro o cinco en Viena, no más. Luego se trasladó a Berlín y comenzó su vida nómada. Sólo se asentó de veras en París. (Ibídem: 368).

En definitiva, Joseph Roth era un «fugitivo voluntario» (ibídem: 294) que sufrió siempre por ser apátrida, o mejor dicho, «la huida se convirtió en su patria» (ibídem: 296). Viajar era su otra gran adicción,<sup>10</sup> junto con la del alcohol, y ambas colaboraron intensamente a su destrucción personal.

Los grandes disgustos y decepciones históricos (la desaparición del Imperio Austrohúngaro, el ascenso del nazismo, las limitaciones del sistema soviético, la anexión de Austria por el régimen del Tercer Reich...), junto con el sentimiento de culpabilidad por la enfermedad mental de su esposa —que le intenta hacerle creer que sus constantes viajes eran la causa de su esquizofrenia—, le llevan a refugiarse en el alcohol. Éste mermará su salud física irremediablemente,<sup>11</sup> perjudicará su moralidad —actuaba desconsiderada e incluso malvadamente bajo sus efectos, en estado de «perfidia alcohólica» (ibídem: 164)— al tiempo que, paradójicamente, le hará soportar sus desdichas y posibilitará su dedicación literaria:<sup>12</sup> «Sin alcohol, probablemente habría sido

---

nombre, datos, estudios y servicio militar tienen que ser examinados [...] trabajo desde hace dos semanas en probar mi existencia literaria y periodística, como la única determinante [...]. De modo que trabajo con el Olimpo porque la tierra me delataría. Con la falta de documentos y con pruebas de que los documentos *deben* faltar. Vivo e invento veinte novelas y eso es tan exigente que no puedo escribir mi novela [...] tengo que conseguir por fin un documento que corresponda a mi identidad actual. Desde hace veinticinco años vivo como una invención fantástica» (Roth, 2009: 168).

<sup>10</sup> Roth no duda en reconocer esta tendencia casi compulsiva y enfermiza: «Pienso en viajar y viajar, estoy agitado por una auténtica inquietud, siempre huyendo» (Roth, 2009: 98).

<sup>11</sup> Morgenstern lo recuerda así en un encuentro celebrado en 1937: «No había cumplido entonces los cuarenta y tres años, y —mi corazón no me perdona que lo describa así— parecía un bebedor de sesenta. Su rostro de pómulos salientes y mentón huido, antes animado por una perpetua mirada despierta y curiosa, estaba abultado y flojo, la nariz enrojecida, los ojos azules llenos de sanguinolencia en los ángulos, el cabello como arrancado a corros y la boca oculta del todo por un bigote eslovaco, colgante, rojo oscuro. Cuando lo llamaron al teléfono y se fue, lentamente, apoyado en un bastón, con las piernas flacas enfundadas en unos pantalones estrechos, cortados a desmoda, la barriga floja y colgante que caía tan mal a su hechura de huesos finos, el judío galiciano oriental daba la impresión de un aristócrata austriaco de la vieja escuela, distinguido aunque también degenerado. Es decir, exactamente la impresión que se había esforzado por conseguir, toda su vida y con todas sus fuerzas de cuerpo y alma, de buena fe y, por desdicha, también, a veces, de mala» (Morgenstern, 2008: 178).

<sup>12</sup> Desde la distancia temporal, Morgenstern hace una evaluación de los aspectos positivos, desde la perspectiva personal y profesional, que esta dependencia provocaba en Roth: «Hoy no puedo dejar de pensar que el alcohol era su destino para lo bueno y lo malo. ¿Para lo bueno también? Sí, ahora lo creo así, también para lo bueno. Porque hubo momentos en que el alcohol lo ayudó a soportar mucho su adversidad. Hubo momentos en que el alcohol creó en su derredor una cerrazón tras la cual pudo hallarse en soledad y encontrar el valor para seguir durando. En él, seguir durando significaba seguir escribiendo» (Morgenstern, 2008: 294). Y en otro momento: «Seguramente habría sido sólo un periodista —fascinante, eso sí— si sus borracheras no lo hubieran hecho artista. Porque tenía grandes inhibiciones para emprender un

un buen periodista. Pero todas las buenas ideas me vienen bebiendo» (ibídem: 184). Consecuentemente, todos los intentos de desintoxicación, con la ayuda de Morgenstern o de Zweig y la esposa de éste, están abocados al fracaso.<sup>13</sup> El resultado final —tras una etapa de degeneración física y moral que lo convierte en un ser ridículo y patético, avejentado, incapaz de moverse, casi ciego, idiota y balbuciente— no es sino la muerte prematura en un hospital benéfico, debida a un episodio de neumonía provocado tras un *delirium tremens*.

El error, el equívoco y la falsedad acompañan indefectiblemente a nuestro autor, incluso después de muerto:

- Su entierro en el cementerio parisino de Thiais parece seguir un guión redactado por el propio Roth: se ofició un tumultuoso entierro católico al que le acompañaron rezos en hebreo; ante la tumba había monárquicos austriacos y comunistas despidiendo todos ellos a su compañero, tres mujeres —la mulata Andrea Manga Bell, la actriz Sybil Rares y la letona Sonja Rosenblum— ejercieron de desconsoladas viudas, arrojadas por artistas, escritores, periodistas y apátridas anónimos a los que el finado había prestado su ayuda.
- En vísperas de su ejecución, Adolf Eichmann expresó su deseo de leer *La marcha Radetzky* de Joseph Roth, noticia que fue recogida por un periódico neoyorkino editado en *yiddish* con la información adicional de que nuestro autor «fue un *junker* prusiano, que escribió novelas militares» (ibídem: 109).
- Ya en 1970, el Ministerio de Educación austriaco renovó la placa de su tumba... y puso una fecha de nacimiento errónea.

### 3. Una obra sobre el exilio

Joseph Roth es un buen novelista, incluso con una veta poética estimable. También era un aplicado e incansable escritor epistolar, como corresponde a las circunstancias que concurren en quien lleva una vida de impenitente viajero primero y luego de exiliado. Pero sobre todo es un periodista,<sup>14</sup> un articulista de primer orden y muchas de sus crónicas, con su cuidado estilo y su profundidad reflexiva, alcanzan la categoría de ensayos breves, aunque él, de hecho, manifiesta una indisimulada aversión hacia los escritores intelectuales como Ernst Bloch, Walter Benjamin o Theodor Adorno (Morgenstern, 2008: 97). Frente a ellos, que no eran «nada más que filósofos», pensadores alemanes (ibídem: 102), él se consideraba un *proster mensch* (un hombre sencillo, en

---

libro. El alcohol le suprimía esas inhibiciones» (ibídem: 296). Stefan Zweig, por su parte, es mucho más crítico y reprocha a su amigo: «No se invente sofismas de que el aguardiente le ennoblece y le vuelve sabio y productivo» (en Roth, 2009: 559-560).

<sup>13</sup> Morgenstern cuenta que el último intento de desintoxicación de Roth, poco antes de morir, le lleva a recuperar en un breve plazo de tiempo, cuatro semanas, un aspecto físico razonable y acorde con su edad, con la contrapartida de que, durante ese mismo periodo de abstinencia, no es capaz de escribir una línea. En esta tesitura la elección de nuestro autor es clara: recaer en la bebida, que le permite recuperar la capacidad de escribir al tiempo que acelera su fin (cf. Morgenstern, 2008: 312 y ss.).

<sup>14</sup> Él mismo confiesa: «Un buen día me hice periodista, desesperado porque ninguna profesión era capaz de colmarme» (Roth, 2000: 7).



*yiddish*), un artesano, un trabajador manual, no un «escritor para escritores» (ibídem: 209) sino un escritor de oficio, que pensaba y hablaba como austriaco.<sup>15</sup> Apreciaba más a sus compañeros de profesión periodística —entre los que tuvo, según confesión propia, sus auténticos amigos—, a los que valoraba como «personas más honestas que los escritores, que son envidiosos y egoístas» (ibídem: 135).

Fue extremadamente lúcido en algunos de sus análisis y predicciones, un auténtico «profeta» (ibídem: 196): intuye las motivaciones antisemitas que provocaban la persecución a Trotsky (ibídem: 182); anuncia la Segunda Guerra Mundial (ibídem: 230), que él personalmente desea y aguarda con la misma exaltación como los creyentes piadosos esperan la llegada del Mesías (ibídem: 315 y 342); en *La tela de araña* (1923) vaticina la seducción por el totalitarismo nacionalsocialista de toda una generación de excombatientes alemanes de la Gran Guerra, adelantándose unos días al fallido *putsch* de Hitler en Múnich y diez años a su ascenso al poder.

Para Roth, escribir era vivir y, como él mismo confiesa a su amigo y benefactor Stefan Zweig, el modo adecuado de acceder a la realidad: «Sólo conozco el mundo, creo yo, cuando escribo, y cuando dejo la pluma estoy perdido» (Roth, 2009: 567).<sup>16</sup> Y él se dedicó a este especial modo de existencia sobre todo por medio de artículos periodísticos y novelas, en los que reflejó su interés y preocupación, entre otras cosas, pero de una manera muy especial, hacia el fenómeno de la emigración y el sentimiento de la ausencia de patria que le acompaña.

### 3.1. Artículos, ensayos y cartas

Joseph Roth muestra desde el inicio de su carrera profesional una gran sensibilidad hacia la realidad de los refugiados, exiliados y apátridas. En sus artículos y crónicas berlineses se ocupa de los judíos orientales que malviven en la Hirtenstrasse, de los rusos que han huido de la Unión Soviética antes de la guerra civil, de los originarios del Asia Menor (sirios, armenios, turcos o árabes) o incluso de los chinos y javaneses del lejano Oriente. Para él, la gran urbe cosmopolita alemana es un «atlas etnográfico abierto», un conglomerado de albergues para transeúntes, a la que nadie va por voluntad propia ni se demora en ella más de la cuenta y en la que nadie se siente como en casa.

#### a) Terminología y caracterización

Roth utiliza una terminología amplia y sugerente para referirse a las personas y grupos objeto de su interés periodístico: «excluidos», «expulsados», «peregrinos del mundo sin rumbo», «forasteros», «los sin patria», «descarrilados», «refugiados», «asilados», «los sin techo», «emigrantes», «desterrados», «exiliados», «errantes», «extranjeros», «apátridas»... pero en

---

<sup>15</sup> «Joseph Roth nunca fue oficial del ejército austriaco. Pero fue un soldado que escribía. Su arma era la pluma, que sostuvo en la mano hasta el día en que el *delirium* le oscureció la luz del sol» (Morgenstern, 2008: 294).

<sup>16</sup> Consecuente con ello, puede decir, en otro lugar: «No soy un escritor del vacío. No tengo "ideas", sólo conocimiento» (Roth, 2009: 124).

otros momentos cuida especialmente el uso de los conceptos que apuntan, de una manera adecuada y precisa, la condición de su sujeto referencial, vinculado básicamente a la razón que genera la marcha al extranjero. Así, nuestro autor habla de una emigración por razones políticas, raciales, bélicas, económicas o, incluso, sin motivo claro, «por instinto». Las personas que encarnan estas diversas motivaciones no deben ser confundidas entre sí. De hecho, entre los alemanes que abandonan su país con el ascenso del nazismo, Roth hace notar que varios de los que lo hacen por motivo de su condición judía no lo habrían hecho por razones estrictamente políticas, pues incluso eran partidarios del régimen nacionalsocialista (Roth, 2004b: 88-89). En otra ocasión, la compasión que siente por los emigrantes por razones económicas, por quienes buscan en otro lugar un futuro laboral o profesional, contrasta con su desprecio y repulsa hacia los potentados «negociantes alemanes» que abandonan su país y

A pesar de toda la nostalgia que sienten por la patria, compran pasaportes cubanos, la nacionalidad peruana, y cuando ya se disponen a defraudar al fisco en su nueva patria, lloran lágrimas alemanas sobre los nuevos pasaportes y los documentos de identidad. Son la hez de la emigración. Nadan —evidentemente— guardando la ropa, y como prometen traer dinero resultan menos incómodos para los países de acogida que los proletarios, los científicos, los artistas y los escritores. Consiguen sentirse tan a gusto en su nostalgia de la patria como en sus restaurantes. Y si hubiera alguna posibilidad de que las autoridades aplicaran al permiso de residencia las normas de higiene y de buenas costumbres que deseamos, sería oportuno exigir su expulsión. (Roth, 2004b: 100)

También en determinadas circunstancias, Roth muestra su interés por hacer un uso riguroso de los términos que emplea para caracterizar adecuadamente la realidad que pretende retratar. Así, refiriéndose a un grupo hacia el que dirige habitualmente su atención, como es el de los escritores alemanes que han tenido que huir de su país y que suelen ser identificados colectivamente como «literatura de la emigración», arremete contra esta calificación y propone sustituirla por la de «literatura desterrada», destacando así la peculiaridad de las razones del abandono del propio país por los autores literarios. Él mismo llega en alguna ocasión a clarificar que, propiamente, no es un emigrante desde el punto de vista político y tampoco un apátrida, aunque se siente honrado de ser acogido entre quienes ostentan tal condición (Roth, 2004b: 86).

#### b) Algunos grupos específicos

De entre todos los grupos de exiliados, inmigrados y apátridas con los que toma contacto, Roth presta especial atención en sus artículos y reflexiones a tres de ellos. En primer lugar, nos encontramos con los llamados «judíos orientales», procedentes, como nuestro autor, de los límites orientales del desaparecido Imperio austrohúngaro, además de Polonia y Rusia. Son una población de la que «emana una inmensa tristeza» (Roth, 2008b: 224), secularmente emigrante, en búsqueda constante de la patria definitiva, que nunca alcanzará. El miedo permanente al pogromo los convierte en una auténtica «avalancha de miseria y mugre» (Roth, 2006: 27), que cruza Alemania de Este a Oeste, camino de Holanda, de América o incluso de Palestina. Propiamente no viven sino que, condicionados por los acontecimientos de la historia, «yerran» (Roth, 2006: 39), de manera

permanente e irremisible. Apenas se asientan ni siquiera en la tierra que los acoge, que recorren en su mayoría como mendigos o vendedores ambulantes (Roth, 2008a: 26-27). Su único destino cierto es la muerte: «Muchos vuelven. Aún más se quedan por el camino. Los judíos orientales en sitio alguno tienen patria, pero sí, en cambio, tumbas en cada cementerio» (ibídem: 30).

En segundo lugar, en especial ante la ascensión del nazismo y la promulgación de las leyes raciales de Nuremberg, causantes de la huída de los judíos alemanes, Roth dirige su atención hacia éstos. Lo primero que destaca de ellos nuestro autor es que, pertenecientes prácticamente en su totalidad a la condición de asimilados totales a la ciudadanía y cultura alemanas, los integrantes de este colectivo constituyen, en el momento de ser estigmatizados por el nazismo, un pueblo radicalmente nuevo, un grupo que, habiendo olvidado su condición judía, tiene que volver a aprender lo que eso significa. Este aprendizaje es particularmente difícil, pues les resulta prácticamente imposible desprenderse de su carácter germano:

Son como caracoles que simultáneamente llevaron dos casas sobre sus espaldas. En todo país extranjero, incluso en los exóticos, dan la impresión de ser alemanes. No pueden negarlo tan fácilmente si no quieren mentir. (Ibídem: 12)

Según Roth, nos equivocáramos si al hablar de los judíos exiliados alemanes no incorporáramos entre ellos a los que no emigraron, a los que permanecieron en su país, en una especie de exilio interior, un viaje que comienza con gestos y prácticas de despedida (no relacionarse con sus antiguas amistades, no saludar a los vecinos...) y termina convirtiéndose en «un peregrinaje hacia una noche mentida, pretendida, falsa. [...] hacia la peor especie de engaño, a saber, el autoengaño» (ibídem: 16). Un autoengaño que lleva a decir que los malos momentos terminarán, cuando lo cierto es que quien lo afirma no duda de que él mismo desaparecerá antes de que eso ocurra. El hecho de no solamente sufrir la infamia sino de sobrellevarla con falsas esperanzas hace que la desdicha de los exiliados interiores sea aún mayor.

En tercer lugar, la mirada compasiva de Roth se dirige hacia los escritores alemanes forzados al exilio. Éstos añaden a las comunes difíciles condiciones de todo huido de su país —extrañeza del entorno, idioma diferente, dificultades de legalizar su nueva situación— el que éstas mismas entorpecen de hecho la creación literaria. Cuando, superando todos estos obstáculos, algún escritor alemán desterrado consigue publicar una obra, se puede considerar que estamos ante un auténtico acto heroico, atenuante de los posibles errores y torpezas que devalúan la calidad del escrito.

La existencia de los escritores alemanes apátridas resulta tan difícil en los países en los que se refugian que Roth denuncia de un modo irónico, gráfico y contundente la persecución policial a la que son sometidos, impidiéndoles de hecho ejercer su tarea de vigilantes del peligro que se avecina y que ellos, desde la experiencia de haberlo ya padecido en su propia tierra, pueden identificar anticipadamente:

He oído decir que los llamados escritores apátridas parecen perros sin amo, y que una persona que no tiene un pasaporte vigente y que no obstante sigue escribiendo, puede

ser detenido incluso en el extranjero por uno de esos maestros del rastreo que confunden la escritura con un ladrido.

Por lo tanto, en nombre de todos los escritores alemanes que se han quedado sin patria, creo poder manifestar el deseo de que el bozal se nos ate aún más fuerte. Pobres de nosotros, perros alemanes, tendremos que callarnos y en ningún caso podremos ladrar tan pronto como nuestros viejos amos alemanes se acerquen peligrosamente al país de acogida que teníamos la intención de vigilar. (Roth, 2004b: 146)

También en este grupo nos encontramos con la curiosa figura del exiliado interior, el escritor alemán que, al no ser amenazado por las leyes raciales, puede permanecer en su país, no tiene por qué callarse pero, de hecho, no es escuchado. Para Roth, el sufrimiento de estos autores es incluso mayor del que padecen los exiliados de origen judío:

Tal vez suponga una dicha mayor ser un escritor alemán de sangre judía y conocer la miseria corporal, aunque también la libertad física del exilio, que quedarse en un país en el que la lengua está paralizada, el oído sordo, el ojo cegado y en el que hasta la pluma se niega a obedecer la voluntad de la mano que debe guiarla incluso tras esa ley. (Roth, 2004b: 88)

Del mismo modo que solamente «la fe en un milagro permite a los escritores proseguir su existencia desde el punto de vista físico y literario» (Roth, 2004b: 78), así también sólo un milagro puede hacer sobrevivir a la literatura alemana, que ha desaparecido por acción del nazismo dentro de sus fronteras y difícilmente resistirá las condiciones del exilio forzoso de sus creadores.

### c) La patria

Nuestro autor mantiene una posición muy crítica respecto a la patria y los sentimientos que ésta genera: «No atribuyo demasiado valor a ninguna “nación”» (Roth, 2009: 181). Introduciendo una perspectiva religiosa, que explicitaré aún con más claridad posteriormente, considera que el patriotismo es un «ídolo» y que las patrias, como los falsos dioses, se nutren de «víctimas en aras de intereses materiales» (Roth, 2008a: 38). La idea misma de «libertad nacional» es tenida como «un concepto de lujo», propio de colectivos humanos que carecen de otros problemas, más auténticos o perentorios (Roth, 2008a: 68). El mejor sentimiento que puede generar una patria —lejos de los «perversos arrebatos» que suele provocar (Roth, 2009: 256)—, no es sino el de la «añoranza» cuando uno tiene que abandonarla (Roth, 2000: 100).

Frente a la errónea postura patriótica, identificada y personificada en Alemania<sup>17</sup> —lo que en ocasiones hace pensar más en un específico antipatriotismo germano de nuestro autor que en una descalificación global del patriotismo—, Roth dirige su mirada hacia el pueblo judío, cuya esencia radica

---

<sup>17</sup> Cuando intenta explicar por qué no puede regresar a Alemania ya en 1925, Roth emplea una imagen, entre irónica y desesperanzada: «Quizá consiste en no poder ver el supremo “patriotismo” más que como la punta de una pirámide que no está formada por una cúspide, sino por una cabeza cuadrada» (Roth, 2009: 75). Por el contrario, frente a este rechazo visceral al patriotismo germánico, no tiene dificultades en admitir que en Francia, donde tan a gusto se encuentra, «el patriotismo está *aquí* justificado, el nacionalismo es una manifestación de la conciencia *européa*» (ibídem: 52) e incluso hace de ese país su segunda patria, junto con Austria (ibídem: 424).

precisamente en carecer de patria (Roth, 2008a: 38), en «ese nunca-formar-parte-del todo» (Roth, 2004b: 51) del lugar en el que habita y, al mismo tiempo, tampoco constituir propiamente una comunidad nacional, sino algo más y distinto:

[...] son una supranación, acaso la forma anticipada, futura, de toda nación. Hace ya tiempo que abandonaron las formas más burdas de “nacionalidad” [...] Les queda solamente una forma de “nacionalidad”: la de sufrir como extranjeros entre los extranjeros porque son “diferentes”. Sus “vínculos nacionales” ya no son de tipo material. (Roth, 2006: 38-39)

Él mismo, en tanto que judío, tiene una concepción que podríamos calificar en muchos sentidos de cosmopolita, cuando no expresamente de apátrida<sup>18</sup> o, incluso, de propiamente individualista.<sup>19</sup> Pero de un espíritu tan inestable y contradictorio no podemos esperar posicionamientos inamovibles o coherencias absolutas y, a pesar de lo dicho, tampoco faltan, curiosamente, autoadscripciones patrióticas en Roth.<sup>20</sup>

Se asombra de que en vez de considerarse seres humanos en cualquier país del mundo, la mayoría de las personas prefiera ser señor de su propio país (Roth, 2002: 66). Toda la tierra en su conjunto y no ninguna nación en concreto, es la patria de los humanos. Ante la acusación de cosmopolitismo en tiempo de exaltación de las naciones, Roth lanza alegatos vehementes a favor de esa postura:

¿Qué clase de ignominia es no pertenecer a *ninguna nación*? [...] ¿Por qué se avergüenza alguien cuando le reprochan que no tiene patria? ¿No es más honroso ser una persona (o un cristiano) que un alemán, francés o inglés? Me parece más agradable estar entre las razas que arraigar en una de ellas. (Roth, 2004a: 302).

De hecho, son múltiples las ocasiones en las que nuestro autor, para cuestionar el sentido habitual de la patria, introduce novedosas identificaciones de la misma. Así afirma que:

- La patria del escritor emigrado «es la lengua en la que escribe» (Roth, 2004b: 145).<sup>21</sup>
- La contemporaneidad, la época en la que se vive, es más determinante que el lugar en que se nace; el tiempo es más decisivo que el espacio<sup>22</sup>

---

<sup>18</sup> Él mismo reconoce vivir siempre acompañado de un «sentimiento de falta de patria» (Roth, 2009: 138).

<sup>19</sup> En carta a su amigo Gustav Kiepenheuer dirá: «No tengo patria, si prescindo del hecho de que en mí mismo estoy y me siento en mi casa. [...] En cuanto me ausento de mí, me pierdo también. Por eso pongo tanto cuidado en quedarme siempre en mí mismo» (Roth, 2009: 205).

<sup>20</sup> En carta al diplomático Otto Forst-Battaglia afirma: «Mi más dura experiencia fue la guerra y la pérdida de mi patria, la única que tuve: la monarquía austrohúngara. También ahora sigo siendo patriota austriaco desde todo punto de vista y amo el resto de mi patria como una especie de reliquia» (Roth, 2009: 300). En otra ocasión a S. Zweig le indica que de tiempos de la Gran Guerra, en la que formó parte de una división prusiana, data su «patriotismo austriaco activo» (Roth, 2009: 349).

<sup>21</sup> Ya en 1925, Roth confiesa a su amigo B. von Brentano: «Ya estoy de vuelta de la “nacionalidad”. Pero no de la lengua» (Roth, 2009: 66).

y no hay patria que dé «tantos rasgos específicos y comunes como una época a los suyos» (Roth, 2004b: 159).

- No otra, sino la amistad, es la patria verdadera (Roth, 2009: 527).
- Él mismo, austriaco de ciudadanía, considera que todos los países en los que ha vivido constituyen propiamente su patria, que no viaja «al extranjero» sino a lo sumo «a lo nuevo», pues, confiesa sin rubor, «*fuera, estoy en casa*» (Roth, 2000: 9-11).

Profundizando un poco más en la problemática del patriotismo, Roth desarrolla una argumentación de carácter moral, renegando de la actitud de aquellos que se identifican con una patria que practica el mal; la patria, de haberla, ha de encontrarse donde se haga el bien y la justicia. El modo como nuestro autor refleja esta su propuesta merece la extensión de la cita:

Luego, el Anticristo envió a otro hombre que vino y me dijo: —Amo a la patria. Permítame presentarme: me llamo patriota. En mi patria puede ocurrir cualquier maldad; puede sucederme incluso a mí. Pero la amo.

Si en su patria ocurren cosas malas —repliqué— y Ud. la ama, entonces no ama Ud. a su patria sino al mal.

Si en algún lugar sucede algo bueno, amaré el país donde eso ocurre.

«Mi patria está donde está el bien». Lo cual no significa que mi patria está donde quiera que me vaya bien.

El sentido de la frase es el siguiente: donde se hace el bien, allí está mi patria. Y una patria que no obra bien no es una patria.

Ante todo, somos hijos de Dios. Y sólo Dios es nuestra patria.

Él nos ha dado piernas y pies no sólo para que en todas sus tierras nos sintamos como en casa sino también para poder abandonar una patria donde se da el mal. Nuestra patria no está donde se da el mal.

Dios nos ha dado los pies para eso, para que podamos abandonar una patria donde ocurren cosas malas.

Pero quien se queda en una patria donde se peca contra Dios no merece tener pies. No merece llamar a Dios su patria. Dios es nuestra única patria. En su sublime seno no puede suceder nada malo, sino sólo amor y justicia. Fuera de su sublime seno no nos ha dado más patria que el Paraíso; y aquí, la tierra entera. Toda la tierra es provisionalmente nuestra patria. Pero nuestra patria verdadera es el seno eterno de Dios. (Roth, 2002: 150-151)

La denuncia de Roth va particularmente dirigida a los judíos alemanes que, acosados por el nazismo, en vez de rebelarse ante él, y por miedo a las represalias, afectados por lo que hoy calificaríamos de «síndrome de Estocolmo» se hacen sus involuntarios cómplices:

[...] intentan exagerar por todos los medios sus sentimientos patrióticos, proclamar el cien por cien de su calidad alemana, disculpar a la patria allá donde más debiera ser acusada, ahogar la voz de la justicia, encubrir, disimular, mitigar, tergiversar. (Roth, 2004a: 297)

Esta posición de nuestro autor estuvo acompañada de la polémica pública. Algunos lectores le reprocharon su actitud y defendieron la posición contraria argumentando que a la patria hay que amarla a pesar de sus males, del mismo modo que una madre ama a su hijo aunque sea un delincuente. Roth no pierde

---

<sup>22</sup> No deja de ser cuando menos curioso, si no plenamente contradictorio, y muy propio de Roth, que quien afirme esto, sea capaz de decir también que su vida «resulta más mensurable según medidas espaciales que temporales» (Roth, 2009: 205).

la ocasión (Roth, 2004b: 49 y ss.) para destacar el doble error en que incurren sus críticos. En primer lugar, la imagen elegida es inadecuada, en la medida en que parece que se invierte el papel de sus protagonistas: el ciudadano que pertenece a un país difícilmente puede ser identificado como su madre, más bien cabría entenderlo en sentido contrario, como su hijo. En segundo lugar, y más importante, el perdón de una madre hacia su hijo criminal no puede llegar hasta convertirse en su cómplice. Siguiendo con otra imagen, Roth afirma que lo que propone es que los judíos no sólo se abstengan de beber, sino que arrojen piedras en el pozo que es Alemania —y que ellos han contribuido a llenar con agua potable, al tiempo que se han alimentado de él—, para que se sepa que los nazis lo han emponzoñado y que a nadie conviene beber de él, so pena de quedar contaminado de su veneno.

En última instancia, el planteamiento de nuestro autor está basado en una concepción religiosa de la existencia. Como ya he apuntado, la referencia a Dios es la única que nos coloca ante la patria definitiva, frente a la cual, todas las demás son «provisionales» «interinas»: «Pero nuestra verdadera patria es el cielo, y en esta tierra somos sólo huéspedes» (Roth, 2002: 100). Es a Dios mismo, y no a la nación, a quien hay que servir (Roth, 2009: 239).

#### d) La actitud hacia los apátridas

La actitud que hacia los emigrados y exiliados acogidos en otras tierras desarrollan sus nuevos vecinos también es retratada por nuestro autor. Cubriendo todo el espectro de reacciones, dibuja un amplio abanico que va desde el desprecio hasta la solidaridad, pasando por la indiferencia.

Una actitud previa, escandalosa, incomprensible, es la de toda una sociedad que es capaz de homenajear y rendir honores a quienes son responsables del sufrimiento de los exiliados. Roth se rebela ante esta manifiesta injusticia: «¿Dónde hay una sociedad protectora de hombres [...]? Quienes atormentan a los animales son castigados, y quienes atormentan a los hombres son distinguidos con medallas» (Roth, 2008a: 15).

A través de algún ejemplo concreto, tomado de la realidad cotidiana, refleja también la xenofobia, el rechazo —con rasgos de psicosis— hacia todo lo extranjero, que se vive entre la población local, particularmente cuando acontece algún suceso delictivo: todos los inmigrantes, da lo mismo su procedencia o raza, son peligrosamente sospechosos y nuestro autor se compadece de ellos, por las penalidades que van a sufrir en esas circunstancias (Roth, 2004a: 125-126).

En otras ocasiones, lo habitual suele ser la indiferencia en la que se consolida la convivencia habitual y constante durante un largo tiempo con el dolor:

Los vecinos de una catástrofe crónica, sin embargo, son tan escasamente capaces de soportarla que tanto ésta como sus víctimas poco a poco llegan a resultarles indiferentes, cuando no molestas. (Roth, 2008a: 12)

Quienes así actúan, cansados de contemplar la desgracia pasan, «del brazo del tiempo», en una extraña mezcla de sentimientos, «por encima de aquellos seres perdidos, con crueldad y, no obstante, con tristeza» (Roth, 2008b: 11).

Esta indiferencia es tan natural, que incluso los compatriotas de los refugiados, llegados antes que ellos a la tierra de acogida, tienen la tentación de contagiarse de ella, aunque algo más fuerte en su interior, el común paisanaje, les impide reaccionar así:

Quando pone sus pies en el segundo distrito rostros familiares le dan la bienvenida. ¿Le dan la bienvenida? ¡Ay, lo único que hacen es verle sin mirar! Los que han llegado aquí diez años antes no sienten ningún amor por los que llegan después. Ha llegado uno más. Uno más que quiere ganar dinero. Uno más que quiere vivir. Y lo peor es que no se le puede dejar morir. No es ningún extraño. Es un judío, un paisano. (Roth, 2008a: 73)

Esta solidaridad casi obligatoria, forzosa, imposible de evitar y, por lo tanto, de baja calidad moral, se ve acompañada de otras actitudes de acogida y compasión, necesarias, pero humillantes y poco respetuosas con la dignidad de los sujetos receptores de las mismas, como es el caso de la limosna, «la especie más oprobiosa de hospitalidad» (ibídem: 10).

Para nuestro autor, el mínimo de solidaridad con los exiliados es, no ya la alimentación o el trabajo, a todas luces imposibles de conseguir, sino la otorgación de documentación de residencia apropiada, imprescindible para ser considerado alguien, un ciudadano. Adelantándose en dos décadas a las reflexiones de Hannah Arendt, Roth constata con indignación y contundencia la máxima indefensión de los apátridas, sin Estado alguno que garantice sus derechos:

En un mundo como éste no se trata ya de que sea imposible el que los emigrantes reciban pan y trabajo: es casi un sobreentendido. Pero es que también es imposible que reciban una de esas cosas que llamamos “papeles” Y ¿qué es un ser humano sin papeles? ¡Menos que un papel sin un ser humano! (Ibídem: 13)

La solidaridad que propugna nuestro autor no se basa en la bondad moral de quien la reclama y ha de ser receptor de la misma, sino en la injusticia padecida. No es lo realizado sino lo sufrido lo que hace a los exiliados merecedores de la ayuda. Por eso ha de otorgársela a todos ellos:

Y es que un judío desterrado, aun cuando de no existir las leyes raciales se hubiera convertido en su patria en un asesino de las SA, sigue siendo un desterrado, y nosotros, que somos creyentes, debemos reconocer en ese desterrado la gracia de Dios, que le ha impedido convertirse en un asesino. No debemos juzgar sus intenciones ocultas, sino su suerte. Es pobre, es desdichado, no sólo merece ayuda, la reclama con razón. (Roth, 2004b: 89)

En cualquier caso, para nuestro autor, la clave de la respuesta adecuada a las necesidades de los exiliados radica precisamente en que «sus “pueblos anfitriones” hayan alcanzado la libertad interior y la dignidad que proporciona la comprensión hacia el sufrimiento» (Roth, 2008a: 23). Esta tarea es hartamente difícil de lograrse, pues los infelices no son amados por apenas nadie —ni siquiera



por sus propios compañeros de desgracia— sino sólo «por los piadosos y los santos» (ibídem:11).

#### e) La destrucción del exiliado

La vida del exiliado es, para nuestro autor, un camino abocado a la destrucción. La existencia en tierra extraña, donde se deja de ser lo que uno propiamente es, convirtiéndose en un «espectro» (Roth, 2004a: 197), no puede entenderse sino como una pérdida absoluta, de personas y condición, como Roth destaca de los emigrantes zaristas:

Todos se perdieron. Perdieron la condición de rusos y de nobles. Y dado que no habían sido otra cosa que nobles y rusos, lo perdieron todo. Se hundieron por el peso de su propia tragedia. Al gran espectáculo trágico se le escaparon los héroes. Inexorable, la historia siguió su férreo y sangriento camino. (Roth, 2008b: 11).

Esta destrucción de la propia identidad se ve reflejada de manera paradigmática en las estrategias seguidas por los judíos europeos. Aunque suene a paradoja, los dos caminos contrarios elegidos —la asimilación y el sionismo— terminan de la misma manera: intentar huir del peligro de la desaparición que supone la ausencia de una patria acaba indefectiblemente en la muerte espiritual, en la pérdida definitiva de lo que uno es, precisamente porque lo que le caracteriza es esa vida frágil, en constante peligro, sin tierra a la que poder denominar nación. Los judíos, porque no son una nación, cuando inician una marcha en busca de un lugar propio, de un hogar, «se sublevan contra sí mismos» (Roth, 2006: 38-39).

La asimilación, en la medida que es la aceptación del país en el que se vive, con sus costumbres, su política y sus creencias, hasta convertirlo en la propia patria, por la que llega a darse incluso la vida, es un proceso de pérdida de la identidad. La integración es, en realidad, «una huida, o un intento de huir, de la triste comunidad de los perseguidos» (Roth, 2008a: 47). Pero la estrategia contraria, el sionismo —«si hay que tener patriotismo, mejor será tenerlo por el propio país» (ibídem: 38)— conduce al mismo fin trágico: lo que, en definitiva, hacen los sionistas, pretendiendo construir un estado judío homologable a las naciones modernas, es renunciar a la condición de realidad supranacional del judaísmo. El intento de preservar la identidad conduce inexorablemente a su pérdida.

Roth apunta todavía a un nuevo hecho vinculado a este intenso debate entre judíos «nacionales» y «asimilados»: la inmensa mayoría de los judíos orientales emigrantes hacia Europa occidental no pertenecen ni a uno ni a otro bando, sino precisamente a quienes acaban hastiados de esa disputa.

Así pues, los emigrantes son personas que se cansan de estas pequeñas y crueles luchas, y que saben, sienten o presienten, que en Occidente surgen problemas, junto a los nacionales, completamente distintos, y que las disputas nacionales constituyen un estruendoso eco del ayer y sólo una resonancia del hoy; que en Occidente ha nacido una idea europea que el día de mañana, o al cabo de mucho tiempo, y no sin dolor, madurará hasta convertirse en una idea universal. Estos judíos prefieren vivir en países en los que las cuestiones raciales y nacionales no ocupan todavía sino a esas deambulantes capas de la población que, no obstante la fuerza e incluso el poderío de

su voz, sin duda pertenecen al ayer, y exhalan un olor a moho, sangre y estupidez; prefieren vivir en los países en los que, pese a todo, algunas mentes se ocupan laboriosamente de las cuestiones del mañana. (Ibídem: 29-30)

Estos emigrantes tampoco tendrán mejor futuro que asimilados y sionistas, pues como Roth destaca, asumen las condiciones de vida de la tierra en la que se refugian no precisamente con la excesiva lentitud de la que se les acusa, sino con inusitada rapidez (ibídem: 31).

Junto a esta disolución espiritual, identitaria, está también el suicidio, el gesto supremo de autodestrucción, estación de término, fin de la fuga de muchos huidos. Respecto a esta problemática, la postura de nuestro autor es, como en las cuestiones nucleares de su vida y su pensamiento, compleja y hasta contradictoria. Por un lado, como ya se ha destacado repetidas veces en estas páginas, él mismo manifiesta una tendencia existencial autodestructiva que acaba venciénolo. Por otro, sin embargo, mantiene una postura ideológica clara contra el suicidio. Además, no duda en considerar que, en el terreno práctico, su obligación moral es evitar que sus amigos culminen de ese modo su vida y se siente culpable cuando no puede impedirlo.<sup>23</sup> Y todo ello no le imposibilita reconocer el valor de nobleza que puede residir en el acto de la eliminación de la propia vida. Veámoslo brevemente.

Roth, reafirmado en sus planteamientos por sus creencias religiosas, rechaza de plano el suicidio: «No tenemos derecho a exterminarnos» (Morgenstern, 2008: 331). Si los judíos, como pueblo, quieren ser fieles a su fe y a la ley que la expresa, no pueden menos que cumplir con el más implacable de sus mandamientos: vivir (Roth, 2006: 40).

Incluso llega a contradecir algunas afirmaciones en las que reserva esta posibilidad al momento en que está en peligro de caer en manos del nazismo, para corregirse a sí mismo y declarar que en esas ocasiones lo que hay que hacer propiamente es asumir un serio compromiso a favor de la huida o la resistencia:

Salvar vida y escritura en caso de amenaza bestial.  
Nada de entregarse a eso que con ligereza se llama destino.  
Y tomar parte, luchar, en cuanto llegue el instante preciso. (Roth, 2009: 328)

Esta afirmación se contrasta en otros momentos con la tentación del abandono de la lucha y la entrega a la muerte: «pienso si no sería mejor quedarme en la cama y esperar el final con toda pasividad» (Roth, 2009: 565).

A pesar de rechazar con contundencia y fundamentos el hecho de suicidio, Roth no puede menos que hacer un reconocimiento sincero de aquellos que eligen en determinadas circunstancias acabar con su vida:

---

<sup>23</sup> Así le contará a S. Zweig: «Hoy, hace sólo una hora, me he enterado de que una amiga mía se pegó un tiro ayer. Estuvo además aquí en el hotel, no me encontró, y estoy convencido de que yo hubiera podido evitar su muerte. Por todas partes sufrimiento y muerte. Me pondría a llorar por esta impotencia de que ni siquiera pueda uno hacer ese poco de bien que podría salvar a una sola persona» (Roth, 2009: 201).

Me convence la forma en la que un hombre sabe morir. No puedo evitarlo. A mí, a quien cualquier manera de morir, cualquier suicidio, tiene que resultarme una atrocidad tanto desde el punto de vista físico como ideológico, no es tan sólo un sentimiento estético-literario el que me lleva a pedir públicamente perdón a un muerto. Esta muerte posee grandeza. Por supuesto, no una grandeza cristiana, sino una grandeza antigua. (Roth, 2004b: 174)

En algunas ocasiones, incluso, agobiado por los problemas económicos, familiares y de salud, plantea a su amigo Zweig la posibilidad de suicidarse (Roth, 2009: 442, 454, 586 y 631); reconoce que seguir bebiendo en su estado lo es (ibídem: 543); en otras, se plantea realizar algún tipo de actuación que supone algo así como un suicidio espiritual: «hasta puede que vaya más lejos, si tengo fuerzas, e ingrese en una orden. Considérelo una especie de suicidio» (ibídem: 532). En otro momento, ve en su modo de vida —lleno a partes iguales de trabajo y preocupaciones existenciales— un peculiar tipo de autodestrucción:

[...] yo trabajo, cada día entre diez y doce horas, muy bien, *muy* bien. Con todas las preocupaciones. Es como un suicidio. Me figuro que es más decoroso que me ahogue en el mar del trabajo que en el real. Y he dado con el método de engañar a mi fe, que prohíbe el suicidio. Moriré con la pluma en la mano. (Ibídem: 477).

En cualquier caso, expresando su profunda vocación artística, Roth, aún en las pésimas condiciones en las que se encuentra, prefiere la muerte física, que no podrá esquivar, al suicidio literario que supondría trabajar descuidada y rápidamente, sin la meticulosidad que da calidad a su obra (ibídem: 505-506).

### 3.2. Obra literaria de ficción<sup>24</sup>

La huida, como ya se ha apuntado en el acercamiento biográfico a su figura, no era sólo un motivo central en la vida de Roth, también conforma el núcleo de muchas de sus obras literarias. Sus primeras novelas —como es el caso de *La tela de araña* (1923), *Hotel Savoy* (1924), *La rebelión* (1924) o *Fuga sin fin* (1927)—<sup>25</sup> narran invariablemente las vicisitudes de veteranos soldados de la Gran Guerra que regresan a la vida civil, a casa, desde el traumático fracaso bélico. Esta vuelta al hogar se muestra en definitiva del todo imposible: tanto el país de origen, por el que se ha luchado y se han padecido penalidades, heridas o reclusión, como los propios protagonistas de esas novelas —al igual que el autor que los ha creado— han sufrido experiencias radicalmente transformadoras.

Su primer gran éxito literario, la celebrada *Job* (1930), recoge la experiencia, tantas veces retratada en sus artículos, de la emigración judía oriental a América, huyendo de una vida desgraciada. En sentido contrario, el protagonista de la novela homónima *Tarabas* (1934), abandona su existencia de emigrante ruso en Nueva York para volver a Europa a combatir en la Primera Guerra Mundial; la violencia devastadora se convierte en su auténtica

<sup>24</sup> Para un acercamiento erudito y sugerente a la obra literaria de Roth es necesario remitirse al magnífico estudio de Claudio Magris (2004), donde además, al hilo de los textos del autor galitziano, se subraya precisamente la perspectiva del exilio permanente del pueblo judío.

<sup>25</sup> De esta última dirá nuestro autor que «contiene mi biografía en su mayor parte» (Roth, 2009: 301).

patria ante la disgregación del Imperio de los zares. Este hecho también está presente como trasfondo en la novela *Confesión de un asesino* (1936), contextualizada precisamente en el sórdido ambiente parisino de la emigración zarista tras la Revolución rusa.

Su obra más acabada y afamada, *La marcha Radetzky* (1932), de alguna manera continuada en *La cripta de los Capuchinos* (1938), describe la progresiva decadencia y declive de un Imperio que el autor ha visto desaparecer definitivamente, dejándolo huérfano de patria.

Las obsesivas preocupaciones de Roth, reflejadas invariablemente tanto en sus artículos como en sus novelas, reaparecen en sus relatos breves: *El busto del Emperador* (1935) describe el derrumbe del imperio austrohúngaro tras la Primera Guerra Mundial; *Jefe de estación Fallmerayer* (1933) vuelve a la cuestión de la huida del protagonista ante una sorpresa del destino, que le deparará, en una casualidad cruel, un nuevo abandono.

Finalmente, el famoso relato *La leyenda del Santo Bebedor* (1939), su última obra, es algo así como su testamento, una narración en la que su protagonista es el trasunto del propio autor y que como él, es un antiguo ciudadano del Imperio que malvive exiliado en París, se destruye lentamente por el alcohol y, ajeno a todo lo demás, se mantiene fiel a sí mismo y a su causa. Finalizada poco antes de su muerte y publicada póstumamente, la parábola termina con un íntimo deseo del autor, su auténtica última voluntad: «Denos Dios a todos nosotros, bebedores, tan liviana muerte».

No se puede terminar este recorrido sin destacar que el interés intelectual y artístico por la realidad de la emigración se vio acompañado por la preocupación real de Roth por la suerte de sus compatriotas exiliados, apátridas o perseguidos: siempre tenía tiempo para ellos, para escuchar sus problemas<sup>26</sup> y gestionar sus necesidades, bien personalmente, convirtiendo su generosidad en prodigalidad, bien a través de sus contactos con las autoridades francesas, de los que se enorgullecía. Él mismo confiesa ser capaz del mayor sacrificio y humillación personales por solucionar los problemas de un perseguido:

Por salvar una vida humana, no sólo habría escrito yo una carta a un alcalde nazi, sino que me hubiera arrodillado ante Goebbels y le hubiera besado la mano. (Morgenstern, 2008: 301)

Él era una de las referencias ineludibles de los austriacos refugiados en París y, especialmente, de sus queridos judíos orientales, en cuya compañía «era como si hubiera vuelto a encontrar su patria» (J. Gottfarstein, citado por I. Schulte, en Morgenstern, 2008: 392). A pesar de sus inclinaciones autodestructivas, a pesar de que desde bastante pronto es consciente de que nadie podrá ayudarle a eludir su destino, Roth se volcará hasta el último

---

<sup>26</sup> «La mesa de Roth en el bar era una casa abierta. Cada quien venía, se sentaba y hablaba allí. Él dejaba un momento la pluma a un lado, abría sus ojos asombrados y escuchaba. Noticias buenas y malas. Las buenas las comentaba con un “¡Inaudito!”, cogía de nuevo la pluma y seguía escribiendo. Las malas las comentaba con la frase: “¡Es repulsivo!”. Ése era su comentario más frecuente» (Morgenstern, 2008: 289).

momento en auxiliar a todo exiliado en apuros que se lo solicite, desde su optimismo desesperado, desde su pesimismo esperanzado, despilfarrando su propia vida (cf. H. Kesten, en Roth, 2009: 12-15).

#### 4. La realidad del exilio entre las víctimas del terrorismo

La presentación de la vida y la obra de Joseph Roth nos ha confrontado, entre otras cosas, con la dura realidad del exilio y con los efectos destructivos que comporta. Sin caer en el recurso fácil de la identificación mimética, sino asumiendo la incomparabilidad y, por tanto, el carácter analógico de la correlación, acerquémonos brevemente a la realidad del exilio que han padecido, entre nosotros, algunas víctimas del terrorismo, siguiendo varios de los subrayados temáticos descubiertos en la presentación de nuestro autor de referencia.

Una primera aproximación ya nos coloca inmediatamente ante lo problemático de la temática a abordar. En primer lugar, hay que reconocer que el mismo concepto «exilio» nos remite, intuitiva y directamente, a la dolorosa experiencia en diversos países del mundo —Francia, la Unión Soviética, México o Argentina como algunos de los destinos más socorridos— de miles de ciudadanos españoles tras la Guerra Civil y aún después, durante el franquismo. Posiblemente, y sin duda debido precisamente a su nacimiento en el seno de la oposición a la dictadura, en un segundo momento, nuestra mente dirigirá su mirada, paradójicamente, hacia los militantes de ETA huidos de la justicia española, «refugiados», «exiliados» o «confinados» e incluso «deportados» por las autoridades. Todavía hoy, más de treinta años después de la desaparición del régimen franquista, parecen reservarse estos términos en exclusiva a los miembros de la organización terrorista. Por el contrario, se nos hace difícil, por no decir imposible, reconocer esta realidad en el seno de la democracia española, ya con varias décadas de andadura, e identificar como víctimas del terrorismo a muchas de las personas que la padecen. El sufrimiento del exilio, del abandono más o menos forzoso de la propia tierra, se nos hace incompatible y anacrónico respecto de un régimen político de libertades y derechos ciudadanos. Reconocerlo se convierte por ello en una tarea costosa. Muchos, como ya ha avisado Roth, carecemos de sensibilidad para ello y pasamos inadvertidamente ante una realidad que no llegamos a ver.

En segundo lugar, está la dificultad de la correcta aplicación terminológica y, consecuentemente, de la identificación y valoración de las causas que provocan el abandono del País Vasco. Por formular dos de las interrogantes nucleares: ¿es correcto hablar de «exilio» para caracterizar esta realidad? ¿es la amenaza terrorista el origen directo e inmediato de la emigración hacia otras tierras de España?<sup>27</sup> La respuesta que se dé será, a buen seguro, cualquier cosa salvo simple y contundente, tanto si se contesta en sentido afirmativo como si se hace en negativo. La diversidad de los casos aspirantes a ser englobados en esta problemática así lo demanda:

---

<sup>27</sup> «Los lugares de destino elegidos por los exiliados vascos son, sobre todo, Madrid, el Levante español, especialmente Alicante y su provincia, el sureste de España, con Marbella como destino más importante, La Rioja y Cantabria» (Calleja, 1999: 69).

- Los empresarios y sus familias que, sometidos a la extorsión del llamado «impuesto revolucionario», abandonan su domicilio habitual, a veces incluso la propiedad de sus negocios y empresas, y buscan acomodo en otras regiones.<sup>28</sup>
- Los cargos públicos de todo tipo, algunos colectivos profesionales (profesores universitarios, periodistas...), en solitario o junto con sus seres queridos, que, ante la presión y amenazas de la «violencia de persecución», buscan una normalidad de la que carecen aquí y solicitan su traslado a otro destino.
- Los miembros de la Ertzaintza que, como medida de autoprotección frente a los violentos, fijan su residencia habitual en territorios limítrofes (Cantabria, Burgos, La Rioja).
- Las víctimas que han sobrevivido a un atentado, o las familias de quienes han muerto asesinados y desean alejarse del sufrimiento padecido. Así narra su decisión la viuda de José María Sánchez, artificiero de la Policía, asesinado con coche bomba en Zorroza el 24 de mayo de 1989:

Emigré para olvidar lo ocurrido [...] para siempre [...]. Días antes de atentado, los profesores del colegio al que acudía mi hijo organizaron una huelga en defensa de unos etarras. Después ocurrió nuestra tragedia y nadie movió ni un dedo. Fue entonces cuando entendimos que este quizá no era nuestro lugar. (Ana María Larena, *El Correo*, 22/04/07).

- Los jóvenes que, ante las consecuencias económicas —directas e indirectas— de la existencia del terrorismo, viajan a regiones con mejores condiciones para la inversión y más pujanza empresarial, en busca de un futuro profesional y laboral.
- Las personas que, como también ha apuntado Roth, hastiadas de la violencia y del agobiante ambiente social que provoca —no sólo ella, sino el ya habitualmente caracterizado como «monotema», la cuestión de la identidad nacional—, deciden cambiar de aires y respirar situaciones y problemas más vulgares y cotidianos, aunque no menos importantes.

Aunque ETA deje de matar [...] yo no estoy dispuesto a que mi vida gire enteramente sobre si el concepto de nación o de si no nación. Ya no se trata de miedo, sino de hastío y de cansancio. Madrid me ha dado el oxígeno que necesitaba y que necesito. Hace un año dije que jamás volvería a vivir allí y sigo pensando lo mismo. (Carlos Fernández Casadevante, *El País*, 26/03/06).

La lista de situaciones podría ampliarse, y de una manera muy significativa, si, como hace Roth, dirigimos nuestra atención también a ese «exilio interior» que supone el permanecer en la propia tierra, en el País Vasco, llevando la anómala vida de protegido o escoltado; modificando los hábitos cotidianos; dejando voluntariamente de relacionarse con las amistades o familiares, por no comprometerlos o sufriendo su abandono, porque la cercanía se considera

<sup>28</sup> Se puede fijar hasta una cronología del exilio empresarial vasco a lo largo de estos años: «La salida del País Vasco de empresarios con más renombre se produce entre 1975 y 1980. El éxodo más numeroso se registra entre 1980 y 1990. A partir de 1990 los empresarios ya no abandonan Euskadi de manera significativa, pagan, se quedan y callan» (Calleja, 1999: 63).

peligrosa; reprimiendo las propias convicciones o ideología en público; cuidando con exquisitez antinatural las expresiones y juicios que se emiten en voz alta; sufriendo el desprecio o la indiferencia de los vecinos...

En sentido opuesto al del exilio, también hay abundantes casos de personas que pretenden vivir con normalidad su nueva situación de víctimas del terrorismo y no ofrecer a sus asesinos la satisfacción suplementaria de abandonar el País Vasco sino, al contrario, demostrar con su actitud de permanencia lo radicalmente injusto —y también inútil— de la actuación terrorista. Es el caso de Esther Pintado, toledana de nacimiento, viuda de Manuel Carrasco, asesinado por ETA en 1983 y que continúa viviendo en Asteasu. Ella misma cuenta que al año del atentado, una mujer del pueblo le abordó con una pregunta que se le ha quedado definitivamente clavada en su corazón: «Y tú, ¿por qué no te vas?».

Yo me decía: seguiré aquí. Mi hija [Estíbaliz, tenía 15 días cuando mataron a su padre] es de aquí y va a seguir siendo de aquí. No tengo por qué marcharme de este país, porque vine siendo muy pequeña, y dejar a mis padres y mi familia. No he hecho nada. Quiero demostrar que no estoy metida en nada y soy una persona como las demás. (Esther Pintado, *El País* [edición País Vasco], 18/03/08)

Aunque a veces se usan los términos de manera muy laxa, muchas de las personas que han abandonado el País Vasco tienen interés en utilizar la palabra precisa y adecuada que recoja su situación y, de ese modo, ser justas con las circunstancias y condiciones tanto de su propia realidad como de la de otras. Así, hay quien —como Jon Juaristi—, después de calificar su experiencia en el País Vasco como «exilio interior», cuando lo abandona quiere ser llamado «trasterrado», pero no se considera propiamente exiliado, pues no tiene que volver a escondidas a su tierra, como desgraciadamente ocurre en otros casos. También hay personas —como Eugenio Damborinea— que rechazan como inadecuado, particularmente para quienes viven en peor situación que ellos, el concepto de exiliado para caracterizar su propia realidad, pues han ido a otro lugar mejorando sus condiciones laborales y no tras soportar un cruel atentado. Hay quien usa —como J. Virgilio Menéndez— un término técnico convenientemente adjetivado: «inmigrante provocado», prácticamente sinónimo a «expulsado». Otros —como Mikel Azurmendi—, con cierto ingenio, hablan del colectivo de «bombeados» desde el País Vasco hacia otras regiones de España o de «desterrados», aunque en rigor está ausente la decisión judicial que lo establezca. Hay también quien —como J. M. Calleja— hace uso del término «diáspora vasca», con unas peculiares y provocativas connotaciones. Otras veces, los adjetivos empleados («huidos», «evadidos», «fugados»), evocan los utilizados por Roth en sus propios textos. No faltan formulaciones —como la de «muerte civil» de Savater— que unen al exilio interior una nota de destrucción, si no física, al menos ciudadana.

En tercer lugar, si identificar las situaciones es complicado y darles el nombre apropiado lo es más, el problema de la cuantificación posterior de los afectados por esta realidad aparece como una consecuencia agravante. De hecho, muchos de los damnificados, por razones de seguridad, se negarían a engrosar las estadísticas correspondientes; otros, podrían tener reservas de aparecer conjuntamente con personas con las que no comparten la motivación de la

marcha. En cualquier caso, es imposible en estos momentos establecer una aproximación numérica mínimamente ajustada.<sup>29</sup>

En cuarto lugar, todo lo anterior no hace sino dificultar la necesaria tarea de evaluación de la actitud que la sociedad vasca y la española en su conjunto han mostrado hacia estas personas. No son pocas las situaciones en las que el propio entorno social de las víctimas les ha impelido a abandonar el País Vasco o no ha reaccionado suficientemente en su defensa, convirtiéndose en cómplice pasivo de los amedrentadores. Algunos, en sentido contrario, pero posiblemente también inadecuado, han valorado negativamente la decisión de la huida, poco menos que acusando de cobardes a quienes optan por ella. Hay quien ha interpretado el drama del amenazado como un simple problema de salud mental de éste, acusándole veladamente de paranoico o, incluso, de culpable de su desgracia, por no saber estar callado o por meterse en jaleos. Tampoco han faltado los rechazos o precauciones en los lugares de acogida, alimentados por las generalizaciones injustas y que paradójicamente confunden a la víctima con su verdugo.<sup>30</sup> Posiblemente, la mayoría de las veces ha habido una recepción abierta y confiada, solidaria y facilitadora de lo necesario para afrontar las difíciles circunstancias del exilio.<sup>31</sup> En algunos casos, se puede constatar la solidaridad natural, espontánea, que se produce entre los mismos exiliados, que comparten similar suerte.<sup>32</sup> En ocasiones, lo que se destaca es que la anómala situación de tantos ciudadanos vascos no sea considerada por los partidos políticos, que no asumen públicamente la reivindicación del retorno al hogar de quienes se han visto obligados a abandonarlo (Calleja, 1999: 19 y 31) e incluso, hay afectados que llegan a definir la recuperación de derechos de ciudadanía perdidos como una tarea imposible.<sup>33</sup> Varios damnificados, en definitiva, muestran su decepción por la actitud hacia ellos de la sociedad, que no ha sabido estar a la altura de las circunstancias.

Por último, aunque sea brevemente, merece la pena repasar el cúmulo de sentimientos y actitudes que en los propios exiliados genera su situación.

---

<sup>29</sup> Es habitual ofrecer datos del siguiente tipo: varios centenares —o un 15-20%— de *ertzainas* viven en provincias limítrofes; unos cuarenta mil ciudadanos del País Vasco y Navarra sufren la «violencia de persecución»; dos o tres centenares de miles de residentes de ambas comunidades han abandonado su hogar para reiniciar su vida en otro lugar de España... Como se puede comprobar, todo muy poco concreto o con oscilaciones muy amplias.

<sup>30</sup> Así lo testimonia, por ejemplo, Maite Iñigo (Arteta y Galletero, 2009: 235-236).

<sup>31</sup> Son abundantes los testimonios de quienes, por ejemplo, se sienten agradecidos por la acogida recibida en Madrid (Arteta y Galletero, 2009: 38, 201, 207 y 227).

<sup>32</sup> Así aparecen ejemplos concretos de cenas de jóvenes vascos exiliados (Arteta y Galletero, 76) o de encuentros periódicos entre mujeres residentes en Madrid, viudas de asesinados en el País Vasco (Calleja, 1999: 133).

<sup>33</sup> «Había perdido tres derechos para mí fundamentales, que no he recuperado y que parece que no tienen fecha de recuperación. Uno, el poder elegir libremente mi lugar de residencia; me apetecería vivir donde me diera la gana, pero parece que en el País Vasco no puedo vivir porque nadie me garantiza mi seguridad. Dos, el derecho a voto en mi tierra. Tres, mi derecho de ser aforado, que más que un derecho para mí es un derecho para mis hijos, para que el día en que yo fallezca hereden en las condiciones que heredan los aforados en el País Vasco. Me han dicho que esto no tiene solución» (Ruiz de Cortadi, en Arteta y Galletero, 2009: 87). Con reivindicaciones y planteamientos similares, pero de forma colectiva y pública, se pronunciaron las autodenominadas «Comisiones de la Diáspora Democrática Vasca» el 26 de febrero del 2005.



Ciertamente, y por suerte, no son muchos quienes padecen los posibles efectos destructivos de su nueva condición, pero no faltan casos de tratamiento psicológico en el lugar de acogida por el trauma del abandono o, incluso, por tentativas suicidas. Por el contrario, los efectos de la estancia en el nuevo ambiente suelen ser habitualmente regeneradores, pues son abundantes los casos de los que abandonan el País Vasco precisamente porque las condiciones en las que viven les provocan situaciones psicológicamente enfermizas y degradantes.<sup>34</sup> Bastantes marchan acompañados por la inquietud de la incertidumbre acerca del tiempo de la ausencia, por las personas y bienes que dejan atrás, por lo desconocido de las condiciones del destino. Muchos muestran su tristeza y nostalgia por la pérdida sufrida, concretada en la imposibilidad de mantener la normalidad de la vida cotidiana o en la dificultad de asumir los pequeños cambios, triviales pero costosos, del día a día (desde los hábitos de ocio... hasta el tipo de leche que se consume). Otros, viven la tensión interna entre el acierto por la decisión tomada, por un lado, y la mala conciencia de haber desistido en cierta medida ante los violentos:

Nuestros amigos entienden que nos hayamos ido, pero también sabemos que les hemos abandonado. Porque tendríamos que seguir allí, tendríamos que seguir luchando, pero sólo tenemos una vida, y tenemos tres hijos. (Anónimo, *El País*, 27/03/05).

En no pocos se produce un contradictorio sentimiento de miedo o vergüenza al regreso (Azurmendi, en Arteta y Galletero, 2009: 58-59). No faltan quienes se consideran exiliados, pero felices (Larrínaga, en Arteta y Galletero, 2009: 38), aunque, lógicamente, no lo agradecen a ETA (García-Capelo, en Arteta y Galletero, 2009: 77). Algunos, definitivamente, se han ido para no volver nunca más.

Finalmente, no se puede olvidar que, junto a todos estos casos concretos y reales, la tentación de la huida está presente en una parte muy significativa de la población vasca, refrenada en muchas ocasiones solamente por las condiciones laborales o socioeconómicas de las que se disfruta.<sup>35</sup>

## 5. Conclusión

Como se ha podido comprobar en esta breve presentación, la figura de Joseph Roth, con su lucidez, su humanidad e incluso su contradicción, se nos presenta como fértil y particularmente oportuna y necesaria en tiempos difíciles, tal y como le recuerda, interpeándole, Stefan Zweig:

«Roth, no se amargue, le necesitamos a usted, porque esta época, por más sangre que trasiega, está muy anémica de fuerza intelectual. ¡Cuidese! ¡Y permanezcamos juntos, nosotros que somos pocos!» (en Roth, 2009: 643).

<sup>34</sup> Teo Santos, durante algún tiempo destacado líder sindical en la Policía Autónoma Vasca, habla de un específico «síndrome de la Ertzaintza» (Arteta y Galletero, 2009: 118-119); Pablo Franco, escolta de profesión, narra su incapacidad para el ejercicio de su trabajo por la enfermedad mental que le provocó su estancia en el País Vasco (ibidem: 271-277).

<sup>35</sup> Como indica el sociólogo Francisco Llera: «Entre el 10 y el 17% de la población vasca estaría dispuesta a irse a otro sitio de España si encontrara un trabajo en las mismas condiciones que el que tiene ahora, y eso da una imagen de la situación» (*El País*, 27/03/05).

De manera análoga, se puede afirmar que la memoria de los exiliados provocados por el terrorismo también es necesaria e insustituible. El recuerdo de esta experiencia es imprescindible para construir sobre bases sólidas la convivencia pacífica en el País Vasco. Los valiosos intentos de recopilarla — como es el caso de las aportaciones de Calleja (1999) o Arteta y Galletero (2009)— son todavía escasos, parciales e imperfectos y están demandando una tarea más profunda, detallada y precisa, aunque no exenta de serias dificultades, tal y como se ha constatado. Como dice una afectada:

Creo que toda esta situación es algo que está absolutamente oculto. No hay estudios serios al respecto; seguramente, no hay ganas de investigarlo. Tampoco hay ganas, en muchas personas, de denunciarlo o de exteriorizarlo. (Cuesta, en Arteta y Galletero, 2009: 163)

Falta entre nosotros, todavía hoy, alguien que, como Roth, desde una experiencia vital intensa y comprometida a favor de los exiliados provocados por el terrorismo, desde la propia vivencia de abandono forzoso de su tierra, dedique sus capacidades artísticas, periodísticas o científicas a recuperar la memoria y fijar la historia de una dolorosa realidad ante la que nuestra sociedad ha permanecido durante demasiado tiempo ajena. Sólo así será posible conocer la verdad de lo ocurrido, restituir en lo posible los derechos conculcados a las víctimas, incorporar su testimonio a la conciencia colectiva de nuestro pueblo y evitar que la injusticia siga produciéndose todavía hoy y en el futuro.

Finalmente, para terminar mi intervención, no puedo menos que remitirme a las duras y provocativas advertencias que Joseph Roth hace de la manipulación de las víctimas, por si en algún momento de esta comunicación haya yo incurrido involuntariamente en ella:

Ningún muerto se siente feliz por el homenaje de los supervivientes. Ninguna víctima está a salvo de su denigrante promoción a héroe voluntario, desde el momento en que ya no puede defenderse. El viento trae sobre los restos podridos la mentira ornamental, la retórica sentimental del orador. (Roth, 2004a: 196)

## 6. Bibliografía

- ARTETA, I., y A. GALLETERO (2009): *El infierno vasco*, Málaga, Sepha.
- CALLEJA, J. M. (1999): *La diáspora vasca. Historia de los condenados a irse de Euskadi por culpa del terrorismo de ETA*, Madrid, El País-Aguilar.
- MAGRIS, C. (2004): *Lejos de dónde. Joseph Roth y la tradición hebraico-oriental*, Pamplona, Eunsa.
- MORGENSTERN, S. (2008): *Huida y fin de Joseph Roth. Recuerdos*, Valencia, Pre-Textos.
- ROTH, J. (2000): *Las ciudades blancas*, Barcelona, Minúscula.
- (2002): *El Anticristo*, Barcelona, Península.
- (2004a): *El juicio de la historia*, Madrid, Siglo XXI.
- (2004b): *La filial del infierno en la Tierra. Escritos desde la emigración*, Barcelona, Acantilado.
- (2006): *Crónicas berlinesas*, Barcelona, Minúscula.

- (2008a): *Judíos errantes*, Barcelona, Acantilado.
- (2008b): *Viaje a Rusia*, Barcelona, Minúscula.
- (2009): *Cartas (1911-1939)*, Barcelona, Acantilado.